

18° Capítulo del Abad General para el CFM – 14.09.2012

“El sexto grado de humildad es que el monje se sienta contento con todo lo que es más vil y abyecto y que se considere a sí mismo como un obrero malo e indigno para todo cuanto se le manda, diciéndose interiormente con el profeta: «Fui reducido a la nada sin saber por qué; he venido a ser como un jumento en tu presencia, pero yo siempre estaré contigo» (Sal 72,22-23).

El séptimo grado de humildad es que, no contento con reconocerse de palabra como el último y más despreciable de todos, lo crea también así en el fondo de su corazón, humillándose y diciendo como el profeta: «Yo soy un gusano, no un hombre; la vergüenza de la gente, el desprecio del pueblo» (Sal 21,7). «Me he ensalzado, y por eso me veo humillado y abatido» (Sal 87,16). Y también: «Bien me está que me hayas humillado, para que aprenda tus justísimos preceptos» (Sal 118,71).” (RB 7,49-54)

También en estos dos grados de humildad las palabras y los pensamientos utilizados nos suenan difíciles e aceptar y vivir como camino de realización de nuestra vida. Este amor por lo que es vil, despreciable, abyecto; este sentirse obreros malos e indignos; este sentirse como un animal, aún más, un gusano, nos parecen todos síntomas de alguna patología psicológica, desgraciadamente muy difundida en la sociedad actual. Nos parecen descripciones de complejos de inferioridad, de falta de estima de uno mismo, de misantropía, de síndrome de Burnout...

Pero no debemos de olvidar que en los grados de humildad san Benito nos hace recorrer la parábola de la *kénosis* de Cristo y, quizá, en estos dos grados estamos llegando al punto más bajo de este camino de conversión en el seguimiento del Cristo pascual. En el cuarto grado, la humillación, en el fondo, era todavía exterior, y la conciencia, a través de la paciencia, comenzaba a abrir la puerta del corazón. Con el quinto grado, el grado de la confesión de los pensamientos malvados y de las culpas escondidas, es como si el corazón se abriese de par en par a la verdad sobre sí mismo, a reconocer hasta el fondo su realidad. Con el sexto y, sobre todo, con el séptimo grado, se diría que la humildad haya alcanzado el corazón y la conciencia de sí. El monje ve toda su propia miseria, ve todo lo que es como hombre ante Dios, y lo ve como sentimiento de sí mismo, como experiencia en la que se percibe a sí mismo tal como es, fuera de los sueños sobre nosotros mismos y de las máscaras que el orgullo nos hace llevar sobre nuestros propios ojos. San Benito describe esta conciencia como un “creer”, como un acto de fe: “El séptimo grado de humildad es que, no contento con reconocerse de palabra como el último y más despreciable de todos, lo crea también así en el fondo de su corazón – *sed etiam intimo cordis credat affectu*” (RB 7,51).

La madurez, como nos enseña toda la tradición monástica, no consiste solamente en conocer a Dios, sino en conocerse a sí mismo en verdad, a la luz de Dios. La fe en Dios que nos crea de la nada, que en cada instante nos da el ser y en cada instante nos perdona, nos ama, ama nuestra nada, debería hacer crecer en

nosotros este "*intimum cordis affectum*", este sentimiento interior del corazón, esta conmoción profunda por el misterio que somos. Es verdad que no somos nada, que somos una miseria, pero a pesar de nuestra nada, de nuestra miseria, somos infinitamente amados, queridos y amados personalmente, uno a uno, por Aquel que crea el universo y todas las estrellas para hablar con su belleza al corazón de cada hombre.

Ahora comprendemos que el sentimiento de desprecio de sí expresado en estos dos grados de humildad no es un sentimiento cerrado sobre nosotros mismos. En la depresión, o en otras patologías psicológicas, las personas se sienten solas ante el sentimiento de ser incapaces, solas ante la pérdida de estima de sí mismas. El sentimiento de la miseria humana es total en ellas, como una capa negra que esconde toda posibilidad de percibir otra realidad fuera de sí mismas.

Sin embargo, en estos dos grados de humildad la conciencia de la miseria humana se pone en evidencia como el punto en el que se nos da percibir con verdad y diría de manera concreta, la infinita Presencia misericordiosa que nos ama tal como somos y se abaja hasta nosotros para estar con nosotros.

Como expresa el salmo 72 que cita san Benito: "Fui reducido a la nada sin saber por qué; he venido a ser como un jumento en tu presencia, pero yo siempre estaré contigo" (Sal 72,22-23). Podría haber citado también el versículo 26: "Vienen a menos mi carne y mi corazón; pero la roca de mi corazón es Dios".

Es precisamente la experiencia sorprendente de la cercanía de Dios la que da consistencia a nuestra inconsistencia ontológica y existencial, que convierte en positivo el séptimo grado, allí donde con el Salmo 118 san Benito nos hace exclamar: "Bien me está que me hayas humillado, para que aprenda tus justísimos preceptos" (Sal 118,71).

Es bueno hacer la experiencia del límite, de la nada que somos, para aprender la manera justa de vivir las cosas, la vida, las relaciones, el trabajo, todo, todo aquello en lo que Dios nos instruye y nos guía. No podemos y no sabemos vivir bien por nosotros solos, guiarnos por nosotros mismos, siguiendo nuestros planes y proyectos. Existen fallos, experiencias de rechazo, de humillaciones, de caídas, que con el tiempo conseguimos bendecir como el salmista - "¡Bien me está que me hayas humillado!" -, porque de otra forma iremos adelante siguiendo un camino trazado por nosotros mismos y no guiado por el Señor; nos seguiremos a nosotros mismos y no a Cristo. Quizá habremos ganado el mundo entero, pero habremos perdido la vida, como nos advierte Jesús (cfr. Mt 16,26).

El sentimiento íntimo del corazón de nuestra miseria estructural se convierte de este modo en el secreto de la alegría. San Benito utiliza aquí el término "*contentus*". El monje que reconoce ser una nada amada por Dios que está siempre con él, se siente contento de todo. No hay que asombrarse de que esté contento de cualquier cosa sin valor, vil, abyecta, porque su alegría está toda ella basada en el hecho de que Dios ama estar con su bajeza, que Dios está siempre con él.

Pienso siempre en una frase del santo ortodoxo Juan de Kronstadt: “Quien tiene a Cristo en el corazón está contento con todo”. ¿De qué podremos estar descontentos si Dios está tan cerca de nosotros como para habitar la pobreza de nuestro corazón?

Ahora podemos entender que estos grados de humildad no son importantes solo para nosotros sino para todos. Es decir, sería importante que los manifestemos, que manifestemos este contento al hombre del s. XXI, insatisfecho, depresivo, sin estima de sí mismo. La fe nos permite mirar a nuestra nada y vivirla con realismo y al mismo tiempo con alegría, y esta relación reconciliada con nuestra miseria estructural es quizá el anuncio evangélico más urgente para el hombre de hoy. Y el camino de la humildad que propone san Benito nos quiere conducir a esto.

En el fondo, el fruto de la humildad que describen el sexto y séptimo grado son lo que el escritor católico francés Bernanos hace expresar a su “Cura rural” al final de su diario, poco antes de morir joven a causa de un tumor de estómago: “La especie de desconfianza que tenía de mí mismo, de mi persona, se ha disipado creo que para siempre. Esta lucha ha terminado. Ya no la entiendo. Estoy reconciliado conmigo mismo, con este pobre despojo.

Odiarse es más fácil de lo que se cree. La gracia está en olvidarse de uno mismo. Pero, si cada orgullo muriese en nosotros, la gracia de las gracias sería amarse humildemente a uno mismo, como cualquier miembro sufriente de Cristo.” (Georges Bernanos, *Diario de un Cura Rural*).

Me sucede con frecuencia el encontrar a personas que llevan el peso de su, y nuestra, miseria como si fuese una tumba sin salida, como si fuese la última palabra sobre su vida. San Benito nos anuncia, con todo el Evangelio, que la miseria vivida con fe se hace humildad, y que la humildad es una miseria que acepta ser vivida en compañía de Cristo. Y después llega el día en el que la amistad de Cristo se hace más importante que nuestra miseria, y su mirada buena sobre nosotros sustituye el juicio orgulloso y negativo que tenemos sobre nosotros y, por lo tanto, sobre los demás.

Es así, como veremos, que la humildad se hace caridad.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist